

hace mucho tiempo, no hicieren otra cosa más que seguir la huella de los escritores y poetas de España. Por eso con sobrada justicia se glorian los historiadores de la que fuera nuestra metrópoli, de contar como frutos de la literatura ibérica las obras de sor Juana y de Alarcon y Mendoza. No hay en los escritos que de ambos nos quedan nada que indique una tendencia á emanciparse de la península, ni aún literariamente hablando; nada que podamos señalar como los primeros esfuerzos del ingenio mexicano para la formación de una escuela literaria, propia, libre del yugo político y religioso impuesto desde los primeros días de la conquista, y que no acaba de sacudir nuestra patria, sino es ahora que ha pasado más de medio siglo de haberse consumado la independencia. Sor Juana siguió la extraviada senda de los escritores de su época, y por eso deslucen sus poesías los enmarañados conceptos, las voces altisonantes, los adornos postizos, las oscuridades del pensamiento, y todo ese cúmulo de defectos que encontramos en los imitadores de Góngora. Esta es la acusación más fuerte contra sor Juana; pero cuando Lope de Vega mismo, cuando Quevedo y otros que habían censurado los extravíos de Góngora y sus sectarios, llegaron á caer en el mismo error, ¿podremos extrañar que no se hubiese librado del general contagio la monja mexicana que carecía de elementos para adquirir otras ideas que no fuesen las que dominaban entonces? Si, como nos lo dice la historia, sor Juana fué el ingenio más notable, la persona más instruida de aquella época, ¿cómo podía corregir sus defectos, rodeada de personas vulgares?

CUAUHTEMOC.

Hé aquí una de las más hermosas figuras que sobresalen, como iluminadas por inextinguible luz, en las páginas de nuestra historia.

Modesta columna levantada en uno de los paseos de la ciu-

dad, recuerda al héroe mexicano: soberbio monumento, hoy en construcción, perpetuará su memoria.

Cuauhtemoc, undécimo y último emperador de México, debe haber nacido en 1495, pues al subir al trono en 1520 por muerte de su tío Chuitlahuac, contaba unos veinte y cinco años. Era hijo de Ahuiztoll, y estaba casado con una de las hijas de Moctezuma. Bernal Diaz que le conoció, dice que era "bien gentil hombre para ser indio, y muy esforzado," y que se "hizo temer de tal manera, que todos los suyos temblaban de él." Al subir al trono no podía ser más angustiosa la suerte de la patria. "Desmoronábase el imperio por la traición de sus hijos y la espada del conquistador, dice Orozco y Berra; subir entonces á rey no era para gozar las lisonjas de palacio, sino para arrostrar los peligros del campamento; bajo el manto real se cobijaba la destrucción y la muerte. El joven patricio, amator del combate, aborrecedor de los conquistadores, sabia su destino al aceptar el mando. Fué el primero que se rebeló contra el embrutecido Moctezuma; el primero que alzó la voz y la mano para escarnecer y herir al mal ciudadano; identificó su suerte con la de la patria, resuelto á pelear hasta el último trance. La peste diez-maba la ciudad, arrancándole sus mejores ornamentos; no importaba, los vivos sabrían seguir el ejemplo de los muertos."

Cortés repuesto en Tlaxcala del descalabro que sufrió la *noche triste* de la salida de México, hechas varias conquistas importantes, resolvió venir á poner cerco á la gran Tenochtitlan, con fuerzas que ascendían ya á cerca de trescientos mil hombres.

El joven emperador de México hacia por su parte esfuerzos sobrehumanos por preparar la defensa de la capital. Más de cien páginas consagra el ilustre historiador á quien acabamos de citar, al período del reinado de Cuauhtemoc, período en el que se admiran los prodigios de energía, de actividad, y para decirlo de una vez, de sublime heroísmo desplegados por el guerrero azteca. Imposible condensar en una biografía los hechos de Cuauhtemoc, de ese personaje que por sus prendas y por su muerte lastimosa no tiene rival en las páginas de la historia mexicana.

Palmo á palmo defendió valerosamente la ciudad; perdida la parte meridional de ésta se concentró en Tlaltelolco, donde hizo frente, por largo tiempo, á los rigores del hambre, á la peste, al número de sus enemigos y á la superioridad de la táctica europea, rechazando cuantas proposiciones de paz se le hicieron.

“La defensa de la ciudad por los tenochca, dice Orozco y Berra, es un hecho asombroso digno de ponerse en parangon con la de Jerusalem, con la de Sagunto y de Numancia, con la de Zaragoza. Los guerreros, casi desnudos, con armas débiles, entregados á sus propias fuerzas, combatian contra hombres cubiertos de hierro, prevenidos del acero y del fuego, apoyados por un sin número de aliados. Casi siempre derrotados, volvian á la pelea sin faltarles nunca el ánimo, aunque convencidos de que les esperaba una muerte segura que preferian á perder la libertad. Acabados los mantenimientos, comieron las sabandijas del agua, los insectos del suelo, las yerbas, las hojas y las cortezas de los árboles, escarbaron la tierra para sacar las raíces. Los insepultos cadáveres colmaban los fosos, obstruian las calles, llenaban las casas; la corrupcion envenenó el aire y la peste pavorosa sobrevino. Arrasados los edificios hasta los cimientos, luchaban sobre los escombros, refugiándose despues á lo que en pié quedaba: vendidos por sus amigos, abandonados por sus aliados, puestos sus traidores súbditos en abierta insurreccion, hicieron frente á todos, y además á los hombres blancos y barbados, á los dioses á quien el antiguo profeta daba el dominio de la tierra. Combatieron, y combatieron sin tregua ni descanso, nadie habló de rendirse, no obstante haber sido solicitados frecuentemente con la paz; cayó la ciudad en poder del enemigo cuando no era más que ruinas; cuando los hombres estaban muy mermados y hambrientos, débiles, cansados y ni tenian armas, y quedábales solo el macuahuitl que con dificultad podian blandir; cuando el contagio hacia inútil todo esfuerzo, cuando estaban desamparados hasta de sus mentidos y cobardes dioses, pródigos en prometimientos, avaros á la hora de cumplirlos. Admira la defensa, asombra aquella trí-

bu indómита, INSPIRA RESPETO Y ENTUSIASMO LA NOBLE FIGURA DEL REY CUAUHTEMOC.”

Vencido el noble guerrero, y ya preso, fué conducido por Sandoval y Holguin á la presencia de Cortés. Este le abrazó y ofreció asiento. Cuauhtemoc, acercándose á Cortés le dijo: *Señor Malinche, he cumplido con lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo más; y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, haz de mí lo que te plazca*, y poniendo la mano en el puñal que el jefe de los conquistadores llevaba al cinto, añadió: *Toma luego este puñal y mátame con él.*

La prision del rey, hizo que se rindiesen todos cuantos combatian.

No terminaron allí los infortunios del defensor de México. Un dia los soldados de Cortés, descontentos de la parte de botin que les habia tocado, dieron lugar á que se consumase el más horrendo crimen. Cuauhtemoc fué puesto en el tormento, en union del señor de Tlacopan, quemándoles piés y manos para que declarasen en qué lugar estaban depositados los tesoros que tanto codiciaba la soldadesca. El rey sufrió con inquebrantable serenidad aquel bárbaro tormento; no así su compañero. Entónces Cuauhtemoc le dirigió aquellas célebres palabras: *¿Estoy en algun deleite ó baño?* que han pasado á la posteridad, revestidas por la poesía, en esta forma: *¿Estoy yo acaso en un lecho de rosas?*

Tarde para la gloria de D. Hernando como dice un historiador ilustre, fué quitado del brasero el emperador azteca, porque aquella accion imprimió una fea mancha en la memoria del conquistador.

Cuauhtemoc permaneció en la prision desde la toma de México, 13 de Agosto de 1521, hasta que Cortés emprendió la expedicion á las Hibueras, llevándole consigo, porque no queria dejar á personaje de tal importancia tras de sí.

En el camino, dizque por sospechas de que conspiraba el prisionero, le ahorcó en el pueblo de Teotitlac á 26 de Febrero de 1522. Así, ahorcado, pereció Cuauhtemoc, el héroe en cien combates, el que llegó á la sublimidad en la defensa de su patria.

El actual presidente de la República, general D. Manuel Gonzalez, admirador de las hazañas de Cuauhtemoc, ha puesto el mayor empeño en que durante su administracion quede erigido en la calzada de la Reforma el grandioso monumento que recordará á las edades futuras las glorias del último emperador azteca; monumento debido á la iniciativa del Sr. general D. Vicente Riva Palacio, que abrió, siendo ministro de Fomento, un curso artístico al efecto.

CUEVAS DÁVALOS, Alonso.

El Illmo. Sr. Dr. D. Alonso Cuevas Dávalos, que fué el primer mexicano á quien cupo la honra de ser electo arzobispo de la iglesia metropolitana de su patria, nació en la capital de la entonces Nueva España, el 25 de Noviembre de 1590, de familia muy notable. Desde muy niño comenzó á demostrar su inclinacion á la carrera eclesiástica, y se cuenta que, viviendo cerca de la iglesia de San Fernando, se arrojó de uno de los corredores de su casa, y se presentó, sin el consentimiento de su familia, en el Colegio de la Compañía de San Pedro y San Pablo, (hoy San Ildefonso) para comenzar en aquel establecimiento sus estudios. Allí se dedicó á adquirir una gran copia de saber en todas esas materias que se requieren para los que tienen vocacion por la carrera religiosa, y despues se ordenó de clérigo; escogiendo el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe para cantar su primera misa, y pasada una grave enfermedad, siguió infatigable profundizando el estudio de la teología, ejercitándose en obras piadosas, dando limosna á los pobres, y afectuosos consuelos á los enfermos de los hospitales. Su instruccion en materias teológicas fué premiada, recibiendo el grado de doctor y siendo despues catedrático de aquella ciencia en la Universidad de México. Fué capellan de las monjas de

Santa Teresa la Antigua. En 1635 pasó á Puebla, para cuya catedral se le nombró, primero canónigo y despues arcediano. En la capital de la República le habian querido distraer de su vida ejemplar y contemplativa la calumnia y los contratiempos; pero fué en vano, pues sus convicciones y el temple de su alma eran tan grandes, que bastaron para desarmar á sus mismos enemigos. Durante la peste que asoló á Puebla por los años de 1642 y 43, halló un ancho y nuevo campo en que desplegar sus virtudes, y fundó un hospital de sus propias rentas, que produjo inmensos beneficios, y que él vigilaba personalmente. En 23 de Marzo de 1651 tomó posesion en la iglesia metropolitana de la dignidad de dean, con que fué agraciado por el rey, y su separacion de la ciudad de Puebla produjo un duelo general, y cuatro años en seguida fué nombrado por el vi-rey cancelario de la Universidad. Con motivo de la muerte del Illmo. Sr. Fr. Diego de Evía y Valdés, y en premio de sus servicios salió electo para el obispado de Oaxaca, donde fué recibido con públicas manifestaciones del aprecio con que veian aquellos habitantes un nombramiento tan justo y del que se prometian bienes inestimables, sobre todo, los desgraciados, que sabian de memoria los numerosos ejemplos de su caridad y beneficencia cristianas. Apénas habia tomado posesion del gobierno de su diócesis, cuando tuvo ocasion de desplegar su celo religioso y de dar pruebas de la firmeza de su corazon; pues ocasionada por las demasías de los agentes fiscales, estalló una rebellion en Tehuantepec, y el Sr. Dávalos, solo y sin más armas que su báculo y la palabra divina, se presentó delante de los amotinados, revestido de sus insignias pontificales, y al instante los pobres amotinados depusieron su actitud hostil; y él, para minorar su miseria, les repartió hasta las alhajas, símbolo de su dignidad; este hecho le valió la recompensa del rey en un decreto especial, fechado en Madrid á 2 de Octubre de 1662, en que se le daban las gracias por su prudente y justificada conducta. En la flota de Junio de 1664 le vino la cédula de su promocion al arzobispado vacante, por la muerte del Sr. Bugeiro y por la modesta resistencia del Sr. D. Diego Osorio de Escobar

y Llamas, obispo de Puebla y gobernador entónces de la mitra. Pero no pudo establecer el Sr. Dávalos las grandiosas reformas que pensaba poner en práctica para beneficio de la iglesia mexicana y de sus amados hijos los fieles católicos, pues que de repente se vió asaltado de una enfermedad mortal que acabó con sus preciosos dias á las cuatro de la mañana del 2 de Setiembre de 1665, dejando sumida la iglesia mexicana en una orfandad lamentable y elevándose desde su venerable sepulcro la fama de sus virtudes, que se extendió, no sólo por el país, sino que á otros apartados por luengas tierras y profundos mares.

Hasta su promocion al arzobispado de México, ningun hijo del país habia alcanzado esa honra. Por haberse hecho digno de ella por su ciencia y por su virtud, merece el lugar que en este libro ocupa.

Quien desee conocer *in extenso* la biografía de este insigne sacerdote, puede ocurrir á la obra que con el título de "El Episcopado Mexicano" publicó el autor mismo de este libro, en el año de 1879. Ocupa la biografía del Sr. Cuevas Dávalos las páginas 123 á 135 de la citada obra.

DÁVILA, Salvador.

Guadalajara, la hermosa ciudad, capital del Estado de Jalisco, fué, en Marzo de 1727, cuna del distinguido escritor de quien vamos á hablar y á quien varios biógrafos reputan como uno de los fundadores de la literatura mexicana, aunque no exponen los fundamentos de su aserto, de tal modo que quede plenamente justificada tan avanzada opinion. Como quiera que sea, es innegable que D. Salvador Dávila fué un literato que sobresalió en su época, y que ha merecido los honores de la biografía, hallándose inscrito su nombre en las obras de Maneyro, Beristain y otros.

Dedicáronle sus padres al estudio, y el lo siguió con tan feliz éxito, que en breve hizo rápidos adelantos en latin y filosofía, al extremo de colocarse casi al nivel del insigne D. Antonio López Portillo, cuyo portentoso ingenio le conquistó duradera celebridad.

En 1745, entró Dávila á la Compañía de Jesus, en la que pronto se hizo notable por su talento clarísimo y por sus no vulgares conocimientos. En el seno de la Compañía perfeccionó el saber ya adquirido y se distinguió por sus virtudes, y por la bondad exquisita de su carácter, no ménos que por sus obras poéticas y literarias. Su aficion al cultivo de las bellas letras no impidió que continuase estudiando profundamente la filosofía, sosteniendo en Puebla un acto público lucidísimo, en el que reveló cuán familiares le eran los autores antiguos y modernos.

Poseyendo, como poseía, varios idiomas, le fué dado instruirse en la historia, en la geografía y en las ciencias exactas, ramos del saber cuyo cultivo no era comun en aquellos tiempos.

Profesor, la juventud le debió servicios de gran cuantía, pues

atesoraba, no sólo la ciencia que enseñaba, sino que poseía cualidades excelentes para divulgarla, poniéndola al alcance de todas las inteligencias.

En 1766 llegó á México, nombrado virey por Carlos III, el marqués de Croix, quien tenía en tan alta estima á los jesuitas como maestros, que solicitó á uno de ellos para que se encargase de la educación de sus dos hijos varones y de su única hija. Dávila, que á la sazón residía en Tepotzotlan ejerciendo el cargo de maestro de novicios en el célebre Colegio allí establecido, fué llamado por sus superiores para desempeñar el empleo de que hablamos. Este solo hecho demuestra cuán grande era la reputación de que disfrutaba.

No pasaron muchos días sin que el virtuoso é ilustrado sacerdote ocupase un lugar distinguido en el corazón del virey, y de sus hijos. Este ascendiente no fué utilizado por el padre Dávila ni en provecho propio, ni en el de la Compañía de Jesús, ni en el de ninguna de las muchas personas que por su conducto pretendían lograr del virey algún empleo ó favorable resolución á sus asuntos.

Sus ocupaciones en el palacio vireinal, y sus tareas como sacerdote y orador sagrado, absorbían por completo al padre Dávila y le alejaban de las intrigas cortesanas, para las que no tenía, en verdad, vocación.

Cuéntase que el marqués de Croix, después de oír la magnífica oración pronunciada en la Profesa en 1765 por el padre Dávila, en la función anual establecida por Felipe V en todos sus dominios, por el eterno descanso de los militares, quedó admirado de las dotes del predicador, pues era la primera vez que le escuchaba, y le dijo que aquel era el único mérito que no le conocía, y que se alegraba que no hubiese ramo alguno en que no sobresaliera.

En las biografías que de este sacerdote hemos consultado, encontramos un pasaje que contiene, á no dudarlo, un error. Dícese en él que cuando el marqués de Croix dejó de ser virey y se retiró á Cholula á dar cuenta de su gobierno, según era costumbre entonces, llevóse consigo al maestro de sus hijos, habiendo para

ello obtenido la licencia de sus superiores; y más todavía, que acompañó hasta Veracruz á la familia que tanto le estimaba. El marqués de Croix hizo entrega del mando á su sucesor Bucareli el 22 de Setiembre de 1771. Ahora bien, si en Junio de 1767, es decir, cuatro años ántes, publicó el mismo marqués el bando de la expulsión de los jesuitas, ¿cómo pueden cohonestarse la presencia del padre Dávila en el país, el permiso solicitado por él para que le acompañase el padre Dávila y todo lo demás que refieren sus biógrafos, con la expulsión que fué llevada á efecto sin remisión?

El padre Dávila se hallaba en Puebla funcionando como rector del colegio de San Ignacio, cuando la expulsión de los jesuitas tuvo lugar. Púsosele bajo custodia en el convento de la Merced, mientras se examinaban los libros y cuentas del colegio, y á los once meses se le dejó libre; tomó el camino de Veracruz y se alejó de la patria para nunca más volver á ella. Tan amante era del estudio, que durante la travesía adquirió los conocimientos náuticos que le transmitió el capitán del buque.

Llegó á Cádiz después de prolongada navegación; permaneció en España breve tiempo y en seguida se dirigió á Italia, y se radicó en Bolonia. Durante cuatro años permaneció consagrado al estudio en aquella ciudad, sin que nada turbase su tranquila existencia; pero sus superiores le nombraron rector y tuvo que hacer esfuerzos supremos para que le fuese admitida su renuncia. Una vez obtenido este resultado, se consagró al magisterio con brillante éxito. Por ese tiempo, y obedeciendo una orden superior, escribió las vidas de los padres Márquez y Calatayud, que fueron los dos únicos escritos que se salvaron de la destrucción á que condenó todos los suyos cuando conoció que era llegada su última hora. Maneyro dice al referir esta disposición de Dávila: "La ejecución de esta orden fué la causa de que se quedasen reducidos á casi nada los recomendables escritos de uno de los fundadores de la literatura mexicana. Pérdida sensible por cierto, como que nos privó de obras que á la vez que justificarian en todos tiempos la esclarecida reputación de que disfrutó su autor, serian un hermoso título de gloria nacional."

Reducido en Bolonia á la pobreza, el padre Dávila alquiló un cuarto modestísimo. En el mes de Diciembre de 1780, cayó gravemente enfermo de fiebre el que le arrendaba el cuarto. Con caridad evangélica le asistió y contagióse, muriendo en los primeros dias del mes de Enero de 1781. Su fallecimiento fué sumamente sentido; sus funerales fueron solemnes y su cadáver fué inhumado en el templo de San Cosme y San Damian, de la misma ciudad.

DOMINGUEZ MANZO, José.

Nació este hábil jurisconsulto en la capital de la República el dia 3 de Diciembre de 1784.

Su familia que gozaba de distinguida posicion social, trasladó su residencia á Valladolid, (hoy Morelia) en donde hizo Dominguez sus estudios profesionales, dejando en el seminario y en el colegio de San Nicolás, recuerdos imborrables, por su aplicacion y notable inteligencia. Pronto se recibió de abogado y comenzó á ejercer su profesion en las ciudades de México, Morelia y Guanajuato, honrando á sus maestros, ganando muchos célebres litigios y constituyéndose en defensor de los pobres que veían en él á su más ardiente protector.

Siempre perteneció al ayuntamiento de Valladolid, nombrándole de procurador, síndico, diputado del Pósito, regidor honorario y alcalde, cuya honra recibió tambien de las juntas populares, en la época en que jurada la constitucion española tuvieron aquellas lugar de reunirse y de poseer facultades electorales. Tambien se le vió con sumo gusto en el desempeño de la abogacía doctoral de la iglesia de Michoacan, que le encomendó el ilustrísimo y venerable cabildo, y ejerció por espacio de seis y medio años, hasta que en Silao obtuvo la alcaldía y

subdelegacion en que demostró sus recomendables prendas y su notable desinterés.

Llegó la célebre época de la emancipacion de México, y en ella acompañó al héroe de Iguala en calidad de Secretario, y trabajó con una constancia y talento admirables, dando pruebas inequívocas de sus brillantes disposiciones para los asuntos políticos, de su prudencia, tino y cordura en la multitud de documentos de tan grande importancia, que á ellos estaba entregada una muy preciosa parte de la empresa de gloria que se acometia, y en la que tuvo una accion tan activa la política como las armas de la guerra. Terminada la memorable campaña de siete meses, derrocado el dominio español de trescientos años, y resumiendo los mexicanos el derecho de que se vieron despojados por tanto tiempo, que fué el de tener influencia en los negocios políticos y administrativos, se le nombró ministro de justicia y de negocios eclesiásticos, cuyo ministerio arregló y organizó lo mejor que las circunstancias lo permitian; pero tuvo necesidad de renunciarlo á los tres meses, porque encontró obtáculos insuperables á su empresa de adelantos, y aunque se le nombró intendente de Guanajuato no llegó á desempeñar este encargo por motivo de los acontecimientos políticos de 1823.

En esta época, por comision del poder ejecutivo, transigió las diferencias que se suscitaban entre el supremo gobierno y el Estado naciente de Jalisco, que de otra suerte hubieran causado grandes males y trastornos en la joven República. Es muy notable la época en que habiendo marchado Iturbide cuando fungia como emperador, para la ciudad de Jalapa, porque entonces despachó el Sr. Dominguez solo y con el mayor acierto los cuatro ministerios, lo que es una prueba evidente, más que cuantas palabras pudiésemos alegar, de su capacidad y particular talento. El Estado de Guanajuato le dió su voto para que lo representase en el congreso general; mas no llegó á concluir su período, porque la mayoría de las legislaturas le votaron para que fuese nombrado para la magistratura de la suprema corte de justicia.

En el año de 1833, en virtud de la ley de 23 de Junio, fué

comprendido en ella, y para evitar sus consecuencias tuvo que recurrir á ocultarse. Desde su escondite hizo una peticion para que se le dispensase del cumplimiento de aquella disposicion arbitraria, pues que su salud se hallaba tan quebrantada que le era imposible ponerse en camino: á esta manifestacion acompañó dos certificados de médicos; pero todo fué inútil, los ruegos de su afligida familia, la influencia de sus amigos, sus distinguidos servicios, su languidez física, y el decreto de expulsion, por fin, tuvo efecto en su persona. Fué llevado á la ciudad de Veracruz, donde se le obligó á embarcarse para el extranjero en compañía de varios ilustres mexicanos como Posada y Garduño, Sanchez de Tagle y otros.

Durante la travesía, con destino á Filadelfia, sus males se agravaron y casi á la vista de Cincinnati, murió el dia 17 de Mayo de 1834. En aquella ciudad fueron sepultados sus despojos, y no sabemos si despues han sido trasladado á nuestra patria.

DONDÉ IBARRA, Joaquin.

Lo que en México fué como químico el sabio Dr. D. Leopoldo Rio de la Loza, fué en la península yucateca el Dr. D. Joaquin Dondé Ibarra, de quien vamos á tratar.

Nació en la ciudad de Campeche el 6 de Julio de 1827. Hizo sus estudios primarios en esa ciudad, con notable aprovechamiento, pasando luego á Puebla en donde se matriculó el dia 5 de Julio de 1844 para cursar farmacia en la cátedra que desempeñaba entónces el afamado profesor D. Mariano Cal.

En 1846, siendo uno de los alumnos más sobresalientes, fué nombrado para sustentar un acto público, que tuvo lugar el 20 de Noviembre de dicho año. Por esa época tuvo á su cargo la botica de su maestro el Sr. Cal, que reconociendo el mérito de Dondé, le prodigaba su amistad y toda clase de distinciones. El

15 de Julio de 1847, es decir, á los veinte años de edad se recibió de farmacéutico. En el mismo año, deseando profundizar sus conocimientos, especialmente el de las ciencias naturales, vino á la capital y despues de concurrir á la cátedra del sabio Dr. José María Vargas, de quien á su vez hablaremos, se graduó nuevamente el 26 de Julio de 1849. Entónces se hallaba dirigiendo la botica de Frissac, que hasta el presente es una de las más acreditadas de México. A fines de ese año volvió á Yucatan, presentando nuevos exámenes en la Universidad de Mérida que le confirió en Diciembre el título de agregacion. En 1850 abrió en Campeche una cátedra de Farmacia, y tres años despues otra en Mérida. Despues esa fecha (1853) hasta pocos meses antes de su muerte, fué el maestro de cuantos iniciaron ó cursaron en Yucatan los estudios de Farmacia, Química é Historia Natural, dando á esos ramos un giro enteramente de acuerdo con los progresos de la ciencia.

En el colegio católico de Mérida, desempeñó por mucho tiempo la cátedra de Botánica. La sociedad filantrópica que existe en la capital de Yucatan con el nombre de "Jesus María" á la que debe el país tan útiles como inmejorables instituciones, fundó en Febrero de 1870 una cátedra de Química industrial para artesanos, colocando á Dondé al frente de ella. En ese mismo año, en union de varios profesores distinguidos fundó la Escuela especial de Medicina y Farmacia del Estado, y en 1875, la misma escuela, en consideracion á los grandes é importantes servicios que Dondé le habia prestado sin retribucion de ningun género, le nombró profesor honorario. Contribuyó Dondé al establecimiento de una asociacion médica que existe en Mérida, trabajando asiduamente por su engrandecimiento. Dicha asociacion hizo justicia á las relevantes cualidades de Dondé y le colocó entre sus miembros honorarios.

En la única exposicion habida en Yucatan el 5 de Mayo de 1871, presentó Dondé varios productos químicos, obteniendo en premio una medalla de primera clase, y otra por una especialidad en fósforos que denominó *rojos*.

La necesidad que tenia de emprender trabajos manuales que